

La extensión universitaria está tramando medios comunitarios

Construir ciudadanía /
Intervenciones

Karina Arach Minella

Docente e integrante del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de Entre Ríos.

Andrés Gabriel Wursten

Docente auxiliar e integrante Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de Entre Ríos.

María Emilia Schmuck

Estudiante e integrante del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de Entre Ríos.

Introducción

En el Equipo de Medios del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos trabajamos en formación y extensión universitaria desde marzo de 2009 con la intención de hacer intervenciones de comunicación comunitaria en comunidades educativas. De esta iniciativa surge el Proyecto de Extensión “Comunicación y juventudes: tramando medios comunitarios”. Su finalidad es capacitar para la construcción colectiva de un medio de comunicación comunitario en las siguientes instituciones escolares: Escuela de Educación Técnica Particular Incorporada n° 2028 San Lorenzo, de la ciudad de Santa Fe, y Escuela EPNM n° 3 Monseñor Doctor Abel Bazán y Bustos de la ciudad de Paraná.

La utopía que nos motoriza es la creación de redes mediáticas que interrelacionen las comunidades educativas y pongan a circular su palabra y sus acontecimientos. Así, durante el transcurso de tres períodos lectivos (2010–2011–2012), trabajamos mancomunadamente con las comunidades educativas en tres ejes: a) el reconocimiento de los aspectos que la caracterizan; b) la conjunción de saberes que constituyen la comunicación comunitaria; y c) la construcción de dispositivos de comunicación acordes a sus deseos y posibilidades. El horizonte próximo es que estas comunidades puedan gestionar un medio de comunicación comunitario incluso cuando este equipo extensionista haya finalizado su tarea en tales espacios.

Entendemos la extensión universitaria no como el brazo de la academia que se extiende hasta los márgenes de una educación bancaria, sino como un proceso de aprendizaje colaborativo transformador de los roles estereotipados de educador y educando, un proceso dialógico en el que todos y todas aprenden enseñando. En palabras de Freire, “educar y educarse, en la práctica de la

libertad, es tarea de aquellos que saben que poco saben —por esto saben que saben algo, y pueden así llegar a saber más—, en diálogo con aquellos que, casi siempre, piensan que nada saben, para que éstos, transformando su pensar que nada saben en saber que poco saben, puedan igualmente saber más” (Freire, 2001:25). Por este motivo, entendemos nuestras intervenciones como un modo de generar o facilitar autonomías para conocer y ejercer una ciudadanía activa. El proyecto busca, a través de la extensión académica, facilitar el encuentro de saberes mediante la promoción de la participación de las comunidades en prácticas comunicacionales que —a través de la desnaturalización de las significaciones dominantes y la expresión de sus gustos e intereses— puedan construir un nuevo mapa de significaciones que potencie la transformación de sus condiciones históricas de existencia. Desde la perspectiva de la educación popular, con modalidad taller y metodologías de diagnóstico participativo, trabajamos en encuentros periódicos formando en la producción de contenidos mediáticos comunitarios (lenguajes, formatos y problemáticas comunes) para ser socializados y difundidos en encuentros y medios regionales como modo de resignificación de las juventudes. El proyecto requiere de un proceso de articulación entre la academia, las instituciones escolares, las comunidades barriales y los actores intervinientes. Este tipo de intervención demanda un alto nivel de compromiso y formación por parte del equipo de estudiantes y docentes universitarios, para lo cual se hace necesario generar una dinámica de grupo recursiva de acción–reflexión–acción. El trabajo con las comunidades necesita un proceso constante que implica un encuentro de saberes, prácticas y sentidos. De ahí que también sea una instancia de formación para las y los estudiantes de la licenciatura¹ tanto en lo personal, dado

1) Licenciatura en Comunicación Social de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos.



que genera compromisos y solidaridades, como en lo profesional, por medio de la ampliación de sus conocimientos con relación al campo de la comunicación. Estos futuros licenciados, con su labor extensionista como *praxis*, se forman en la apropiación social del conocimiento para la búsqueda de transformaciones concretas en sus comunidades.

De este modo, con nuestra intervención buscamos poner en juego la democratización de la comunicación e incentivar a los y las jóvenes como protagonistas de nuevos mensajes que aporten a sus procesos de identificación y faciliten la integración con la comunidad barrial y regional. En estas instancias, construimos materiales comunicacionales que expresan inquietudes, preocupaciones y deseos invisibilizados por una sociedad que desconoce a sus jóvenes y los estigmatiza. En palabras de María Cristina Mata (2009), es el devenir del “murmullo” en “palabra” que, en una doble transformación, modifica a los sujetos intervinientes (extensionistas e integrantes de las comunidades), y acentúa el valor político de la comunicación comunitaria.

Nuestra motivación, en un mundo en el que las recetas fracasan desde hace rato, es la necesidad de generar instancias de diálogos colectivos para la creación de espacios propios a partir de una reflexión sobre la potencialidad de la comunicación comunitaria en nuestro contexto latinoamericano.

1. Las comunidades: escuelas, barrios, protagonistas

Las comunidades de las dos instituciones educativas con las que trabajamos comparten una realidad de desigualdad, empobrecimiento y vulnerabilidad social. Por un lado, en la escuela San Lorenzo se enseñan artes y oficios y se encuentra en el barrio que lleva su mismo nombre, el cual está ubicado en el cordón oeste de la ciudad de Santa Fe, un sector históricamente postergado que sufrió con ferocidad las inundaciones de 2003 y 2007.² Una de las problemáticas centrales que suele asociarse a este sector de la ciudad es la inseguridad, la que ha cobrado mayor relevancia en la agenda pública y mediática de los últimos tiempos y se encuentra dentro de los reclamos de la sociedad entera.

Por otro lado, la escuela Bazán y Bustos es una secundaria que está ubicada en el barrio El Sol de la ciudad de Paraná. Se trata de un barrio que estuvo durante muchos años apartado del ejido urbano, en una zona baja y con muy pocos accesos. La Bazán, construida desde los medios de comunicación locales como una institución con altos índices de violencia y a la cual asisten jóvenes

con *mala reputación*, no tiene mucha relación con la comunidad del barrio, que prefiere ir a otros establecimientos ubicados más cerca del centro de la ciudad.

Estas dos escuelas no escapan a las dinámicas de toda institución escolar que, con el discurso de la normalidad y la disciplina, muchas veces expulsan, discriminan, y reproducen así concepciones, tratos y prejuicios de la lógica dominante. Conocemos, por el pensamiento de Foucault, el funcionamiento de las instituciones decimonónicas, que operaban a partir de una idea de control de la totalidad —o casi totalidad— de los tiempos y los cuerpos de los individuos y están sustentadas en un principio de autoridad vertical, central y valorativamente desigual de pares opuestos, en los cuales uno detenta el saber y la verdad y el otro posee la ignorancia y la falta (Foucault, 1996). Hoy, en el siglo XXI, podemos percibir ciertas continuidades en esos modos de operar de las escuelas. Muchas veces, nuestros objetivos se contradicen con la realidad con que nos topamos y debemos negociar entre nuestros deseos y las posibilidades reales de las instituciones: los tiempos acotados del horario escolar y las limitaciones impuestas por su burocracia; los miedos de algunos docentes y estudiantes a la hora de encarar actividades que se escapan de la currícula preestablecida; los prejuicios de la comunidad educativa respecto de las posibilidades reales de producción de los estudiantes; el poder que detentan docentes o directivos, según sea el caso, dentro de la institución a la hora de autorizar, valorar y facilitar nuestro proyecto; la falta de iniciativa de los jóvenes acostumbrados a otras dinámicas y responsabilidades en la formación, etcétera.

Sin embargo, nos parece indispensable realizar una salvedad: elegimos las escuelas para desarrollar nuestras tareas de extensión —y las seguiremos eligiendo, más allá de los obstáculos encontrados— porque, además de ser hoy ámbitos de formación y contención de suma necesidad, sobre todo en los barrios descriptos anteriormente, creemos que tienen un potencial transformador; es allí donde muchos jóvenes transcurren la mayoría de sus días, allí se produce y reproduce gran parte de las significaciones que los acompañarán el resto de sus vidas, los modos de nombrarse y de nombrar su mundo. Y del mismo modo en que entendemos a la comunicación como un proceso donde, además de reproducirse la ideología dominante, pueden desnaturalizarse tales concepciones y crear nuevas significaciones socialmente compartidas, lejos de situar a la escuela como un mero aparato reproductor sin fisuras, la concebimos como un espacio

² Las inundaciones, lejos de ser una catástrofe natural, fueron producto de la desidia y la inoperancia de los gobernantes de turno. Aún significan una deuda social que no ha sido saldada.

donde es factible que se produzcan transformaciones. Esta posibilidad de producir transformaciones dentro de las instituciones escolares, no obstante, se vehiculiza cuando logramos superar la concepción bancaria de la educación y la contradicción educador–educando que cuestiona Paulo Freire, en la que el educador “aparece como su agente indiscutible, como su sujeto real, cuya tarea indeclinable es *llenar* a los educandos con los contenidos de su narración” (Freire: 51). La superación de esta asimetría por una educación basada en la *dialoguicidad* freireana implica preocuparse por conocer, valorar y respetar los saberes, códigos e intereses de los jóvenes que participan en los talleres, aun cuando eso se traduzca en modificaciones en nuestros objetivos iniciales, planificaciones, lapsos de trabajo establecidos, modos de encarar las actividades, etc. Nos parece oportuno destacar esta premisa en un tiempo en el que muchas veces la educación popular suele reducirse a dinámicas de pseudo distribución de la palabra y cambios en las formas de organización del trabajo que, sin embargo, no se corresponden con prácticas transformadoras reales.

Cuando decimos que nuestros talleres buscan transformar nos referimos a diferentes cuestiones. Por supuesto que queremos que cambien las condiciones de exclusión y pobreza del barrio y se acabe la falta de oportunidades que tienen las y los jóvenes para erigirse como ciudadanos con derechos. Pero sabemos que esas transformaciones, que son el motor y el horizonte de nuestro constante obrar, exceden las posibilidades de nuestro taller. Entonces, nos preguntamos: ¿qué es lo que buscamos transformar concretamente en estas experiencias de comunicación comunitaria? Las comunidades con que trabajamos son invisibilizadas en los procesos de significación dominantes. San Lorenzo y El Sol son protagonistas frecuentes de noticias sobre asesinatos y robos que se publican en la sección de policiales de los diarios locales. En un contexto en el que el discurso social criminaliza la miseria, la amenaza está focalizada principalmente en los jóvenes de estos barrios, que son víctimas directas de descalificaciones y estigmatizaciones en los medios. De lo que se trata en los talleres de comunicación comunitaria, entonces, es de modificar los discursos dominantes que prejuzgan a los y las jóvenes y sus barrios, aquellos que circulan en los distintos espacios de la ciudad, se condensan en los medios de comunicación hegemónicos y a veces se hacen cuerpo en los propios jóvenes. San Lorenzo y El Sol son barrios plagados de trabajadores, con



entendemos nuestras intervenciones como un modo de generar o facilitar autonomías para conocer y ejercer una ciudadanía activa

niños, niñas y jóvenes con muchas historias para contar, con vecinos y vecinas organizados que pueden ser protagonistas de noticias que los presenten desde una óptica que escape al delito y a la pobreza. Y es allí donde está nuestro trabajo: en facilitar la problematización de los discursos hegemónicos sobre los jóvenes y el barrio e incitar a la producción de otros relatos donde las propias comunidades se pregunten sobre sus problemas, sus desafíos, sus aspectos positivos y sus deseos. De lo que se trata es de contar otros relatos. Resulta interesante recuperar aquí lo que expresa Jesús Martín-Barbero a propósito de la polisemia del verbo “contar”:

“Contar es tanto narrar historias como ser tenidos en cuenta por los otros, lo que significa que para ser reconocidos necesitamos contar nuestro relato, pues no existe identidad sin narración ya que ésta no es sólo expresiva sino constitutiva de lo que somos. Tanto individual como colectivamente, pero sobre todo en lo colectivo, muchas de las posibilidades de ser reconocidos, tenidos en cuenta, contar en las decisiones que nos afectan, dependen de la veracidad y legitimidad de los relatos en que contamos la tensión entre lo que somos y lo que queremos ser”. (Martín-Barbero, 2002)

Cada uno de los talleres de comunicación comunitaria procura incitar a la apropiación de distintos lenguajes comunicacionales para animarse a contar. Empezamos por contar quiénes somos y quiénes deseamos ser e indagamos luego sobre nuestras preocupaciones y anhelos, expresando nuestras concepciones más profundas sobre lo que nos rodea.

En uno de los primeros talleres del 2010 discutimos con los jóvenes acerca del “problema de la inseguridad” a propósito de una serie de hechos delictivos cometidos por menores de edad que habían tenido mucha repercusión en los medios locales. Enseguida los participantes del taller comenzaron a hablar de “lo perdidos que estaban muchos pibes del barrio” y lo difícil que veían la posibilidad de “salvarlos de la calle”. Uno de los jóvenes muy participativo contó que él “había estado metido en esa mucho tiempo pero ya había salido”, y de inmediato se contradecía asegurando que “de la droga y el robo no se sale nunca”. Luego de un largo rato de charla, en la que las intervenciones de quienes coordinábamos el taller se reducían a hacer preguntas, el curso entero concluyó que la solución para acabar con la inseguridad era “tener el amor de la familia y de los amigos buenos, y si reciben mucho amor nunca van a drogarse ni robar”.



¿Cuántas veces les habían preguntado a estos y estas jóvenes su opinión respecto de una problemática que tiñe su cotidianidad y conocen mejor que nadie? Es interesante destacar cuál es nuestro papel como comunicadores en estos procesos de reflexión, más allá de la posibilidad que tenemos de compartir nuestros saberes y competencias específicas en cuanto al manejo de los lenguajes y medios comunicacionales —enseñanza que, por otra parte, no siempre resulta tan central—. Nuestro rol está marcado por la posibilidad de incentivar nuevas reflexiones a partir del ejercicio de preguntar. Somos, ante todo, grandes disparadores de preguntas. Frente al pesimismo, que escuchamos constantemente en el discurso de los jóvenes: “el barrio fue siempre así y no se puede cambiar”, “el barrio está lleno de basura porque los vecinos son unos mugrientos”, “a nosotros no nos gusta hacer nada”, “las chicas que vienen a esta escuela son todas putas”,

preguntamos y repreguntamos e incentivamos a la producción de piezas comunicacionales que puedan responder: ¿quién dijo que este barrio fue siempre así? ¿Por qué nuestro barrio sufre estas problemáticas? ¿Por qué creen que hay jóvenes con problemas de adicción? La desnaturalización de esos sentidos tan instalados, de esas ideas tan incorporadas, comienza cuando empezamos a preguntar y las y los jóvenes toman la palabra para pensar en sus propias respuestas.

Cuando estos y estas jóvenes comienzan a pensarse como realizadores y se comprometen con tareas de producción, locución, diseño, etc., dentro de un equipo de trabajo también se producen rupturas muy fuertes en la forma en que se piensan a sí mismos. Al comienzo de los talleres, cuando los coordinadores tomábamos nota o sacábamos fotos para registrar las actividades, algunos jóvenes no se sentían cómodos y nos decían: “¿Qué escribís? ¿Sos

cana vos?”. “Esas fotos, ¿para quién son?, mirá que no estamos haciendo nada malo”. Lógicamente, tuvimos que repensar nuestras formas de registrar y modificar nuestras prácticas, pero con el tiempo las y los jóvenes comenzaron a confiar y a alegrarse cada vez que se los fotografiaba cuando producían como comunicadores barriales. Por otro lado, disfrutaban mucho los simples gestos de confianza que teníamos para con ellos: el préstamo del grabador de periodista para que hicieran una nota de una semana a la otra o la posibilidad de que se hicieran cargo de la cámara a lo largo de una jornada para ser los fotógrafos, eso los sorprendía y llenaba de orgullo, a la vez que los estimulaba a realizar la tarea con esmero. El compromiso de las y los jóvenes, que habían pasado de ser sujetos sospechosos a comunicadores responsables de tecnologías, incluso ha transformado en algunas situaciones particulares el modo en que eran representados en sus propias familias. Ludmila,³ una integrante del equipo de radio que conformó el taller para realizar un micro semanal en la emisora comunitaria FM Chalet, pudo convencer a sus padres de los cambios que había logrado en su vida: “desde que mi viejo me escucha en la radio y le mando saludos me cree que voy a la escuela y no me ando drogando más en la calle”.

2. La comunicación al derecho y su revés

Desde la puesta en práctica del proyecto, asistimos a nivel país a un momento histórico en lo que se refiere a la regulación de la comunicación. El principal exponente de este proceso es la Ley 26522 de Servicios de Comunicación Audiovisual que se complementa con otras medidas del Estado tendientes a desarrollar un mayor acceso y participación de los distintos sectores de la sociedad en las tecnologías de la información y la comunicación (TIC); por ejemplo, el programa *Televisión Digital Abierta* y el Plan Nacional de Telecomunicaciones Argentina Conectada. Asimismo, se ha hecho especial énfasis en las instituciones educativas como centro de las políticas de acceso y participación en la comunicación, con iniciativas como el Programa Conectar Igualdad. El derecho a la comunicación se está reivindicando desde el Estado y resta transformarlo en una manifestación de ciudadanía: un compromiso de todos y todas. La implementación nacional de estas políticas de comunicación impacta en nuestro trabajo diario, acompaña algunos de los objetivos, modifica otros y altera la planificación; así, el acceso a las TIC de las y los jóvenes determina muchas veces nuestros virajes de timón.

Una de las premisas de la comunicación comunitaria es trabajar creativamente a partir de los materiales y recursos que tenemos al alcance; en nuestro caso, las tecnologías disponibles en cada escuela y en los hogares de los y las jóvenes. Como expresa

Héctor Schmucler (1997:68): “La tecnología debería estar en función de la satisfacción de las necesidades humanas básicas, las que no deben confundirse con las condiciones mínimas de subsistencia”. Cuando iniciamos los talleres era extraño que los estudiantes manejaran algún tipo de programa de computadora, aunque tenían una sala de informática en la institución y materias escolares relacionadas. De un año a otro, con la incorporación de las netbooks, las y los estudiantes comenzaron a experimentar la tecnología como cercana, apropiándose de sus computadoras, llevándolas a sus casas e incorporándolas a su vida cotidiana. A su vez, desarrollaron un saber técnico que confluyó con la formación escolar y nuestros talleres. “Hice una base musical, ¿querés escucharla?” “Grabé una canción, después se las muestro.” “Miren lo que hice con las fotos que saqué.” “Yo le hago el Face a Dinamita de Futuro”, son algunas de las frases que oímos durante los talleres. No podemos dejar de escucharlas cuando alguien las dice. No podemos ver allí sólo la accesibilidad a tales tecnologías sino que también reconocemos las marcas en las transformaciones grupales que son nutridas por la dinámica y el trabajo cotidiano en los talleres. Marcas que igualmente se evidencian en procesos individuales, así lo manifestó un directivo de la Bazán: “Vino la mamá de Javier a contarnos que está muy contenta porque él está desinhibido y se relaciona mejor en su casa y con sus compañeros a partir de que asiste al taller”.

Javier comenzó a concurrir a los talleres tímidamente, asomándose a ver de qué se trataba, y a medida que pasaron las jornadas encontró un lugar y fue tomando confianza en el grupo. Un año después, experimentó en su netbook la edición de audio, imagen y video, realizó las tareas propuestas por el taller, y propuso ideas e inquietudes. Este año realizamos un Stop Motion sobre el derecho a la comunicación por iniciativa suya, ya que él llevó en su netbook una serie de fotos de su rostro con distintas muecas y al reproducirlas rápidamente daba un efecto de movimiento. Esta experiencia nos interpeló como educadores populares y exigió poner a prueba el encuentro de saberes: investigar sobre la técnica de animación Stop Motion.

Asimismo, las y los jóvenes de la Escuela San Lorenzo, en su micro “El colectivo del barrio”, emitido semanalmente dentro del programa institucional *Con sabor a barrio* de la Radio Comunitaria Chalet, FM 100.9, se presentan de este modo: “Somos *El colectivo* que viene a contar las cosas buenas del barrio”, y cada semana se exhiben sobre distintos acontecimientos: reunión de vecinos y organizaciones del barrio a los efectos de exigir diferentes cuestiones al municipio, festejos realizados por la escuela u otras instituciones del barrio, lanzamiento de los distintos productos realizados en el taller, entrevistas, etc. En todos los casos, aparecen como protagonistas

3) Los nombres de las y los jóvenes que aparecen en el presente artículo han sido modificados.

de hechos novedosos, interesantes y destacables y el barrio es un espacio de la ciudad donde también pasan cosas que nos enorgullecen. El mensaje, no obstante, nunca es de conformismo con las situaciones de violencia y exclusión que son moneda corriente en el oeste santafesino, sino que, cansados de que en los medios el barrio aparezca siempre en la sección de policiales, los jóvenes buscan incluir otros temas y abordar la realidad barrial desde una perspectiva distinta. El micro permitió que las voces de los y las jóvenes llegaran a lugares remotos de la ciudad, ya que FM Chalet se caracteriza por ser una radio que se escucha también en el centro de la ciudad y tiene oyentes muy variados.

Hemos mencionado la importancia que le otorgamos en nuestro taller al trabajo subjetivo de los participantes sobre las representaciones sociales que circulan acerca de los jóvenes de los barrios marginales, es decir, acerca de ellos mismos. Sin embargo, como reflexiona María Cristina Mata, cuando la comunicación comunitaria se centra exclusivamente en los procesos identitarios personales o grupales, se deja de lado un aspecto muy interesante del trabajo: buscar que esos jóvenes se posicionen como interlocutores sociales frente a otros y otras en la ciudad. Mata (2009:25) lo expresa con mucha claridad: “No estoy de acuerdo cuando el trabajo del estar se convierte en ensimismamiento, en puro trabajo de expresividad grupal que fortalece internamente pero que termina alentando la construcción de un nosotros incapaz de entablar un diálogo con los otros”. En la misma línea, creemos que la comunicación comunitaria debe asumir el desafío de instaurar nuevas voces en el espacio público, de viabilizar la expresión de los sectores con que se trabaja en un “horizonte mayor del diálogo común a toda la sociedad” (Mata, 2009:34).

Sabemos que hoy los medios de comunicación son parte indisoluble del espacio donde se juega lo público. Hoy la comunicación es una práctica instituyente de nuestra condición de ciudadanos: no es factible ser ciudadano si no se puede expresar en la esfera pública la carencia de derechos y la lucha por otros nuevos. En este contexto, la comunicación comunitaria encuentra su razón de ser y su importancia; y por eso mismo tenemos el desafío de transformar los nuevos discursos de las y los jóvenes, sus relatos en los cuales cuentan quiénes son y quiénes desean ser, qué les preocupa e interesa, en mensajes que puedan dialogar en el espacio público y vehiculizar el ejercicio de ciudadanía. Ante el actual panorama de las políticas de comunicación, los medios comunitarios comienzan no sólo a obtener legalidad, hecho que ocurre desde el 2005,⁴ sino también a ser parte de una política que les otorga y demanda una participación activa en el proceso de organización del sistema de comunicación. Esta

situación representa un desafío para el trabajo en comunicación comunitaria, ya que los medios y los actores que participan en este tipo de comunicación hoy se encuentran con posibilidades de acceder a una situación jurídica con derechos y deberes. El cambio en la regulación de la comunicación coloca nuestro trabajo en permanente reflexión para incorporar coyuntura política al servicio de nuestros intereses y posibilidades. Como grupo tenemos la oportunidad de formar parte de estas instancias de fomento a la producción comunicacional, y éste es uno de nuestros próximos desafíos: participar de los programas, concursos y espacios propiciados para la comunicación comunitaria y erigirnos como ciudadanos y ciudadanas activos.

3. ¿Por qué tramar?

A medida que el proyecto avanzaba y los grupos se iban consolidando como equipos de producción de materiales comunicacionales se nos presentaron algunas inquietudes: ¿cómo generábamos un espacio de intercambio y producción entre los actores de los dos terrenos? ¿Cómo podíamos escapar del aspecto cerrado en que muchas veces cae la comunicación comunitaria y salir hacia el resto de la sociedad? La respuesta fue el evento Tramando Medios, para lograr lo que Mata menciona:

“La comunicación comunitaria debe ser un espacio de integración de diferentes grupos. No sólo de grupos de la misma comunidad sino de personas e instituciones que, situadas en distintos lugares, pueden compartir un mismo horizonte político. Siempre reconociendo las diferencias y asumiéndose como actores sociales diferentes, aunque con una misma obligación y legitimidad para actuar en política”. (Mata, 2009:29)

El Tramando incentiva la participación de las instituciones en las que trabajamos, otras escuelas de la región y la comunidad académica a producir, a través de un encuentro de saberes, productos comunicacionales sobre la base de una consigna y en un tiempo que no supera las tres horas. La actividad dispone de una plataforma de multilenguajes donde los y las jóvenes forman grupos heterogéneos —en cuanto a la institución de procedencia— y realizan distintos materiales comunicacionales, como radioteatro, estencil, fotonovela, entre otros, sustentados en la consigna propuesta en la jornada. Toda la actividad pensada bajo la lógica de lo que nosotros denominamos *maratón comunicacional*, donde transcurre un intercambio entre los y las participantes que no tienen como objetivo ganar sino llegar. ¿A dónde llegar? ¿A qué llegar? A la realización colectiva del producto comunicacional.

4) Ley 26053 promulgada en 2005, que permite el acceso a la titularidad de una licencia a toda persona física y jurídica con o sin fines de lucro.

La actividad se piensa a partir de la toma del espacio público, de volver a la calle, la plaza, la Facultad, para trastocar la circulación propia de la ciudad moderna y transformarla en producción y práctica de una ciudadanía activa, donde los medios de comunicación se adecúan a la comunidad y no la comunidad a los medios. Es un lugar donde las y los jóvenes ponen en tensión los discursos que circulan en la sociedad de sí y construyen, con otros, nuevos. El Tramando coloca en tensión la cuestión del “otro”, esa persona que reconocemos sólo por ser distinta. El encuentro genera un diálogo que transforma subjetividades y hace de lo otro un nosotros.

Esta actividad lleva dos ediciones, 2011 y 2012, y sus consignas fueron “Ser joven” y “El derecho a la comunicación se pone en juego”, respectivamente. Los temas propuestos pretenden ser una reflexión de los y las jóvenes en temáticas comunes a sus realidades y al mismo tiempo una oportunidad para dar a conocer su opinión a la sociedad, ya que luego las distintas producciones del Tramando se socializan a través de la entrega de CD en las escuelas y mediante plataformas de la web.

4. Entonces...

En la etapa proyectual, nuestro propósito consistía en la elección de un lenguaje para crear un medio de comunicación en la escuela. Hoy, este objetivo ha cambiado por la propia iniciativa de los estudiantes de querer experimentar más de un lenguaje y soporte mediático. Actualmente, conformamos dos productoras de contenidos de comunicación comunitaria, Dinamita del Futuro (Escuelas Bazán y Bustos) y la 2028 (Escuela San Lorenzo) que realizan radioteatros,

cuñas, historietas, estencil, calcomanías, fotonovelas, videos, Stop Motion. La meta para este año es la consolidación de los dos grupos a fin de asegurar la sostenibilidad de las productoras por los integrantes de las comunidades educativas.

Todavía estamos en la búsqueda. Aunque algunas cosas van tomando forma y hay indicio de que las comunidades se están apropiando de estos espacios. En la Escuela San Lorenzo, por ejemplo, nuestro taller fue incluido en el curso de Auxiliar Oficinista y desde entonces las planificaciones las compartimos con el profesor de esta asignatura. En la Bazán y Bustos, desde el taller, un grupo de jóvenes gestiona dos cuentas en Facebook, una de Dinamita del Futuro y otra de la institución.

Para finalizar esta reflexión, creemos imprescindible destacar que la extensión es una instancia que enriquece el trabajo académico, genera inquietudes y abre líneas para la investigación-acción (Vizer, 2005), de modo tal que nos permitimos compartir algunos interrogantes que guiarán nuestras futuras intervenciones: ¿cuál es nuestro rol como académicos, extensionistas y comunicadores comunitarios en las transformaciones de las comunidades vulneradas? ¿Hasta qué momento debe extenderse nuestra permanencia en el terreno? ¿Cómo se logra la continuidad de la productora cuando las personas que protagonizan el proceso terminan la escuela, dejan por algún motivo o simplemente se desmotivan? ¿Qué problemáticas interpelan a los y las jóvenes vulnerados del siglo XXI y los movilizan para asumir la participación como modo de transformación de sus cotidianidades? ¿Cómo incorporamos a los talleres de comunicación comunitaria los contenidos y las potencialidades de las políticas de comunicación para fortalecer el ejercicio de la ciudadanía?

Bibliografía

Mata, María Cristina (2009). “Comunicación comunitaria en pos de la palabra y la visibilidad social.” En Área de Comunicación Comunitaria (comp.). *Construyendo comunidades: reflexiones actuales sobre comunicación comunitaria*. Buenos Aires: La Crujía. 1ª edición, pp. 21-34.

Foucault, Michael (1996). *La verdad y las formas jurídicas*. 1ª Conferencia. Barcelona: Gedisa.

Freire, Paulo (1970). *Pedagogía del Oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

——— (2001). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 22ª edición.

Martin Barbero, Jesús (2001). “Colombia: entre la retórica política y el silencio de los guerreros.” En : <http://www.revistanumero.com/31col.htm>

Schmucler, Héctor (1997). *Memorias de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos. 1ª edición.

Vizer, Eduardo (2006). *La Trama (in)visible de la vida social: comunicación, sentido y realidad*. Buenos Aires: La Crujía. 2ª edición.